Celso Lucio y Mariano Muzas

BOCINA DE REGÚLEZ

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

MÚSICA DEL MAESTRO

PORRAS





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1908

La aplaudida pri-
mera actriz Señorita El-
a Lopez
Sus affmos.
Los autores

LA BOCINA DE REGULEZ

LA BOCINA DE REGULEZ

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Celso Lucio y Mariano Muzas

música del maestro

PORRAS

Estrenado en el COLISEO DEL NOVICIADO
el día 18 de Diciembre de 1907.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1908

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA BÁRBARA, 45 años.........	SRA. BUSTAMANTE.
DOÑA BELÉN, 35 íd..............	SRTA. CENDÁN.
DOÑA CONSUELITO, 30 íd........	» GARCÍA (S.).
CLOTILDE, 18 íd.................	» GOSÁLBEZ.
QUINTANILLA, 55 íd...........	SR. REDONDO.
DON CARMELO, 65 íd.............	» OTEIZA.
DON ANÍBAL RUIZ, 70 íd.........	» CODORNIÚ.
PAQUITO, 22 íd..................	» CUESTA.

La acción en Madrid.—Época actual.

Las indicaciones del lado del actor.



ACTO ÚNICO

La escena representa el despacho de un habilitado de clases pasivas. Una puerta al foro. Otra á la derecha. Dos á la izquierda. Al lado de la puerta del foro, un balcón. Delante de éste una mesa de escritorio y una butaca puesta de modo que la persona que en ella se siente dé la cara al público. Sobre la mesa, una carpeta, recado de escribir, un montón de fes de vida, otro de oficios y otro de recibos. Entre las dos puertas de la izquierda, una librería con libros y legajos. Sillas.

ESCENA PRIMERA

CLOTILDE, sentada junto á la mesa, con una pluma en la mano y un retrato sobre la mesa, en actitud de meditar. Pausa.

¡Vaya, no se me ocurre nada! Es más difícil de lo que parece poner dedicatoria á un retrato para el novio. En fin, volveré á meditar .. ¡Ah! Como Rodrigo es ciclista, ninguna dedicatoria le agradará tanto como ésta: «Al rey del ciclismo, su cariñosa campeona». Manos á la obra. (Escribiendo.) «Al rey del...»

ESCENA II

Dicha y DOÑA BÁRBARA por el foro.

BÁRB. ¿Qué haces?
CLOT. ¡Ay! (Cogiendo el retrato y ocultándole.)
BÁRB. ¿Qué es eso?

CLOT. Nada... No es nada, mamá.
BÁRB. Tráelo. (Bruscamente.)
CLOT. Pero...
BÁRB. Que me lo des he dicho. (Arrebatándole el retrato y leyendo.) «Al rey del...» Ya puedes decir á ese rei... noceronte que si le veo rondar por delante de los balcones, le tiro un tiesto; y tú, ya sabes, mañana al pueblo con tus tíos. (Guarda el retrato en un bolsillo.)
CLOT. (Llorando.) Pero...
BÁRB. Ya te he dicho que no quiero noviajos.

ESCENA III

Dichas y QUINTANILLA por el foro, con capa.

QUINT. Muy buenos días.
BÁRB. ¡Pues estamos frescos!
QUINT. Sí, señora; demasiado frescos, casi glaciales. ¿Por qué llora Clotildita?
CLOT. Porque soy muy des... gra... ciada.
QUINT. ¿Qué?
BÁRB. ¿Querrá usted creer que la mosquita muerta se permite ya dedicar su retrato á un novio? (Dándole el retrato.)
QUINT. (Coge el retrato y lee.) «Al rey del...» (¡Caracoles! ¿Será don Tancredo su novio?)
BÁRB. Ya ve usted. La hija de uno de los primeros habilitados de clases pasivas dando su amor al último camueso que se presente.
CLOT. No es camueso.
QUINT. Es el rey del... valor.
BÁRB. ¿Aún te atreves?... ¡Insolente!
QUINT. Pues, doña Bárbara, á mí me parece muy natural.
BÁRB. No, señor. Yo, á su edad, si algún joven me miraba con insistencia, ¿sabe usted lo que hacía?
QUINT. (¡Alguna barbaridad!)
BÁRB. Le volvía la espalda ó le enseñaba la lengua.

QUINT. (¿No lo dije?) ¿Y don Bruno?

BÁRB. Ha ido á ver al director de clases pasivas.

QUINT. ¿Hoy, que es día de pago?

BÁRB. Hasta que él vuelva usted hará sus veces.

QUINT. Sí, señora.

BÁRB. Ea, niña, al gabinete.

(Vase Doña Bárbara, segunda izquierda.)

CLOT. Voy en seguida.

ESCENA IV

CLOTILDE y QUINTANILLA.

CLOT. (Llorando.) ¿Ve usted qué des... gra... ciada soy?

QUINT. No te apures, mujer; todo se arreglará.

CLOT. ¿Cómo?

QUINT. No lo sé; pero yo te aseguro que te casarás con él.

CLOT. ¿Sí?

QUINT. Naturalmente. Basta de lágrimas.

CLOT. Es que mamá es capaz de tirar un tiesto á Rodrigo en cuanto le vea rondarme.

QUINT. ¡Bah! No hagas caso. Dice el refrán: «Perro ladrador no es mordedor». Y á tu mamá le sucede eso: ladra... digo, chilla, pero nada más.

CLOT. Sí, pero papá...

QUINT. Otro perro ladrador.

CLOT. Lo que más me ha indignado es que le llame camueso, siendo tan guapo y de tanto talento.

QUINT. ¿Sí?

CLOT. ¡Ya lo creo! Como que es poeta. Mire usted qué versos tan bonitos me dió ayer en las Calatravas. (Saca un papel del bolsillo.)

QUINT. (Cogiendo el papel.) Veamos. (Lee.)

«Todas las noches, niña,
sueño contigo,
porque tu imagen llevo
siempre conmigo.

Yo te bendigo
y de entusiasmo á veces
no sé qué digo.
Y si Dios me concede
lo que persigo,
muy prontito tu esposo
será Rodrigo.»
(Eche usted higos.)

CLOT. ¿Verdad que son bonitos? Eso no puede salir de un camueso.

QUINT. No; si acaso de una higuera.

CLOT. ¿Por qué dice usted eso?

QUINT. Porque me parece que abusa mucho del consonante. Hay mucho higo.

CLOT. Pues ahí está el mérito precisamente. Tengo otros, también preciosos, que acaban todos en uva.

QUINT. (Por lo visto, es un poeta frutal.)

CLOT. Y además de poeta, sobrino de un ministro.

QUINT. ¿Y cómo siendo tan buen partido se oponen tus papás?

CLOT. Porque no saben lo del parentesco. ¿No ve usted que cuando voy á hablarles de mi novio se ponen hechos unos basiliscos?

QUINT. ¿Y cómo es el apellido de ese joven?

CLOT. Regúlez.

QUINT. (Con júbilo.) ¿Regúlez? ¿De modo que es sobrino del ministro de la Gobernación?

CLOT. Sí.

QUINT. Es decir, ya no es de Gobernación, porque ha habido crisis y... Pero ven acá, Clotildita: tú podías hacerme uno de esos favores que son la salvación de un hombre.

CLOT. ¿Cómo?

QUINT. Con sólo abrir la boca y hacer que la abra después tu joven adorador.

CLOT. Bueno. Y cuando tengamos los dos la boca abierta, ¿qué hacemos?

QUINT. Me explicaré. Es el caso que después de veinte años de servicios al Estado me dejaron cesante; pero ¿qué duda tiene que me repondrían si ese inspiradísimo joven me recomendase á su tío?

CLOT. ¿Y cómo le digo yo?... Mamá me ha impedido verlo, y además ha prohibido á las criadas que me traigan y lleven cartas.

QUINT. ¿Sí? Pues yo me encargo de vuestra correspondencia. (Reflexionando.) Lo malo es si el demonio hace que se enteren tus papás.

CLOT. ¿Cómo van á sospechar que sea usted capaz de hacer semejante papel?

QUINT. Es verdad. (Tampoco yo lo creía.) En fin, es tan pequeña la retribución que me da tu papá, que estoy decidido á todo. Nunca tengo un céntimo, Clotildita.

CLOT. (¡Pobrecillo!) Pues yo, en prueba de agradecimiento... no se ofenda usted... pero voy á romper la hucha y á darle cinco duros que guardo en ella.

QUINT. (Con dignidad cómica.) No; de ninguna manera.

CLOT. Pues yo digo que sí; ahora mismo voy y la rompo.

QUINT. ¡Que no, ea! No la rompas; dámelos con hucha y todo.

CLOT. Y á Rodrigo voy á decirle que pida á su tío un destino de primera para usted.

QUINT. Con que me lo dé de cuarta, me conformo.

CLOT. Voy á terminar la carta que tengo empezada. (Coge una carta y un sobre que habrá dentro de la carpeta que hay sobre la mesa.) ¿Dónde me esconderé para acabarla?

QUINT. Ya lo sé. (La habla al oído.)

CLOT. (Riéndose.) Pero...

QUINT. Es el escritorio más seguro para estas cosas. Toma un lápiz. (Le da un lápiz que saca del bolsillo.)

CLOT. (Cogiendo el lápiz.) Vamos allá.

QUINT. Da recuerdos al de los higos.

(Vase Clotilde por el foro.)

ESCENA V

QUINTANILLA

Ea, Quintanilla, ya estás convertido en la doña Brígida de estos dos jóvenes amantes. Pero ¡qué diantre! logre yo mis propósitos y lo demás son pamplinas. (Registrándose los bolsillos del chaquet.) A ver si me queda alguna nota expresando mis méritos y servicios. (Saca un papel y lee.) «Quintín Quintanilla, oficial quin...» Esta es.

Música.

Es mi sueldo tan exiguo
que, aunque soy muy ordenado
nunca el mes he terminado
sin tener algún inglés;
y aunque estudio la manera
de poder llegar á rico,
nunca tengo un perro chico,
sobre todo á fin de mes.
Y es lo peor del caso
que á mí, aunque viejo,
me gusta como á un joven
el bello sexo.
Mas sin moneda,
á mis años no encuentro
ya quien me quiera.
Esto es horrible.
¡Qué situación!
Así estoy siempre
sin un botón.
Yo que como, yo que bebo, yo que fumo
de lo malo lo peor;
yo, que á nada pongo peros, pues encuentro
todo, todo superior,
si se trata de mujeres, ya varía,
pues entonces la mejor
tiene siempre para mí un defecto horrendo,
que desprecia á un servidor.

¡Ay qué situación!
Verme sin un real
con lo que me gusta
mariposear.

—

Hay mujeres tan hermosas por las calles,
que debían no salir,
pues los hombres, al mirarlas, ciertas cosas
empezamos á sentir.
Que si el vino se nos sube fácilmente
hasta el piso superior,
con las hembras de tal modo nos ponemos
que la cosa es un horror.
¡Ay qué situación!
Verme sin un real
cuando estoy pasando
la mejor edad.

ESCENA VI

QUINTANILLA y CLOTILDE.

Hablado.

CLOT. (Por el foro) Tome usted lo prometido. (Le da una hucha con monedas.)

QUINT. (Cogiendo la hucha y sonándola.) Mil gracias. (Me parece mentira.)

CLOT. La carta. (Dándole una carta.) Va usted en ella recomendado.

QUINT. (Cogiendo la carta.) Pero que muchísimas gracias, Clotildita. ¿Dónde la he de llevar?

CLOT. A ningún lado. Como todas las mañanas va mi novio al Pardo en bicicleta, á la vuelta pasa por aquí. se para en la bocacalle de enfrente y me avisa con dos toques de bocina. De modo que cuando oiga usted pi pi...

QUINT. Salgo pitando.

CLOT. Eso es.

QUINT. ¿Pero tus papás saben que Regúlez es ciclista?

CLOT. Sí; eso y que se llama Rodrigo es lo único que saben... Me cogieron una carta suya un día y... ¡Ah! También me hará usted el favor de darle este rizo. (Sacando una trenza de pelo del bolsillo.)

QUINT. ¡Caracoles! ¿A eso le llamas rizo? (Si parece una manga de riego.)

BÁRB. (Dentro.) ¡Clotilde!

CLOT. ¡Virgen Santísima! ¡Mamá! (Muy azorada, echa la trenza á Quintanilla.) Tome usted.

QUINT. No; luego me la darás. (Se la echa á Clotilde.)

CLOT. ¡Por Dios, que no la vea! (Vuelve á echarle la trenza.)

QUINT. ¿Dónde meto yo este ricito? (Guardando con grandes apuros la trenza en un bolsillo del faldón del chaquet, dejando fuera un extremo, en el que habrá atado un lazo.) No va á caber.

ESCENA VII

Dichos y DOÑA BÁRBARA.

BÁRB. (Por la segunda izquierda.) Pero Clotilde, ¿no me oyes?

CLOT. Sí, mamá; es que...

BÁRB. Hace media hora que no te veo el pelo.

QUINT. (Como que le tengo yo en el bolsillo.)

BÁRB. Vamos.

(Vanse segunda izquierda D.ª Bárbara y Clotilde.)

ESCENA VIII

QUINTANILLA; luego DOÑA CONSUELITO, muy elegante, por el foro.

QUINT. ¡Si me llega á ver la trenza me luzco!

CONS. (Saliendo.) Muy buenos días, Quintanilla.

QUINT. (Ya empieza la oficina.) Dichosos los ojos que la ven á usted, doña Consuelito.

CONS. ¿Qué quiere usted? Treinta y cinco pesetas de pensión no merecen que una se moleste en venir por ellas todos los me-

ses. Vengo cada trimestre, y así cojo de una vez ciento cinco pesetas... veintiún duritos. Por supuesto, ni con las treinta y cinco ni con las ciento cinco tengo para empezar. Ya ve usted, hoy tengo que pagar quince duros de un sombrero que he comprado. ¿Qué me queda para comer todo el trimestre?

QUINT. Seis duros.

CONS. ¿Quiere usted decirme qué voy á comer?

QUINT. Alpiste.

CONS. Ni más ni menos. Y gracias á que yo soy muy económica, y que todo lo aprovecho y escatimo hasta el último céntimo.

QUINT. (Ya se ve.)

CONS. Si no... ¡pobre de mí!

QUINT. Pues al verla tan elegante nadie diría que cobra usted tan poco.

CONS. Es verdad; pero todo el busilis está en saber gastar el dinero. ¡La economía! Quintanilla! Esta es la base de todo. Si todas las mujeres fuesen tan dispuestas como yo, otra cosa sería. A mí me da usted un pingo, una cinta y un lazo, y ¡tras, le hago á usted un vestido; me da usted un casquete viejo, una pluma y una flor, y ¡tras! le hago á usted un sombrero; me da usted...

QUINT. (Atajándola.) Un retalito y tres botones, y ¡tras! me hace usted un terno.

CONS. No, señor, porque no soy sastra Pero corpiños, camisas, pantalones y sobrefaldas, las que usted quiera.

QUINT. Gracias; yo no uso esas prendas.

CONS. ¿Ve usted? Todo es cuestión de economía.

QUINT. Sí, sí, economía. (¿Cómo llamará esta señora á la sinvergüencería?)

CONS. Pues ahí tiene usted, soy tonta; porque si quisiera casarme, tengo los hombres así. (Reuniendo los dedos de la mano.) En fin, voy por la calle y no me dejan ni respirar. «Adiós, bonita.» «Bendito sea su garbo.» «¡Olé las hechuras provocativas!» «Me la comía á usted...» Porque hay algunos que

parecen antropófagos. Y yo más seria que un juez en funciones. ¡Porque usted no sabe lo formal que soy yo!

QUINT. Sí, señora.

CONS. No, señor; no lo sabe usted.

QUINT. Bueno; pues no lo sé.

CONS. ¡Los hombres! ¡Buenos están los hombres! No ha habido más que uno bueno: mi difunto marido. Los demás todos son unos perros.

QUINT. Gracias por la parte que me toca.

CONS. Usted no es hombre.

QUINT. ¿Cómo que no? Le advierto á usted que yo...

CONS. ¿Usted qué?... (Mirándole picarescamente.)

QUINT. (Mirándola fijamente y con picardía, da un suspiro muy hondo y muy expresivo.) ¡Ay!...

CONS. ¡Ja, ja, ja! (Ríe.) Déme usted á firmar mis fes de vida y mis recibos del trimestre vencido.

QUINT. (Buscando en el montón de las fes de vida las de D.ª Consuelito.) Decir que yo no soy hombre... Tome usted las fes. (Le da tres fes, que D.ª Consuelito firma. En tanto, Quintanilla busca los recibos.)

CONS. ¿Va usted á ofenderse conmigo?

QUINT. Con usted no se puede ofender nadie, so preciosa, so pedazo de gloria, so...

CONS. Sosiéguese usted.

QUINT. Ahí van los recibos. (Le da tres recibos, que D.ª Consuelito firma.) ¡Ay! (Dando otro suspiro como el anterior.) Si se dejase uno llevar de las intenciones...

CONS. Vaya, que se alivie usted, Quintanilla. ¡Ja, ja, ja! (Vase por la derecha con los recibos.)

ESCENA IX

QUINTANILLA; luego DON CARMELO.

QUINT. Luego dicen que en Madrid no se puede vivir con poco sueldo. ¿No se ha de poder vivir? Divinamente, sí, señor; todo es

cuestión de economía: doña Consuelito es un ejemplo... Eso sí, que hay que ser viuda con circunstancias. (Muy triste.) Porque lo que es los viudos... naranjas de la China.

CARM. (Saliendo.) Aquí estoy yo.

QUINT. ¡Don Carmelo!

CARM. Vengo descuajado. Acabo de ver una mujer... ¡qué mujer! Con decirle á usted que he tenido que agarrarme á una reja para no caerme...

QUINT. ¿Tan buena era?

CARM. Le digo á usted que ya no hay más.

QUINT. Pues va usted á ver ahora otra que... y no sé dónde tendrá usted que agarrarse.

CARM. ¿Dónde está?

QUINT. Ahora saldrá. Tenga usted calma.

ESCENA X

Dichos y DOÑA CONSUELITO.

CONS. (Saliendo por la derecha.) Ea, ya cobré.

QUINT. Esta es. (Bajo á D. Carmelo.)

CARM. (Á D.ª Consuelito) Si yo fuese director de clases pasivas, le señalaba á usted otra pensión por simpática y hermosa

CONS. Muchas gracias. (¡Mira el vejete!) ¡Ja, ja, ja! Ea, de aquí á un trimestre, Quintanilla... Digo, no, que tengo que volver luego á hacer una pregunta á don Bruno sobre un asunto que me han recomendado. Conque hasta luego.

CARM. Vaya usted con Dios, infanta, princesa, reina, sultana...

CONS. ¡Ja, ja, ja! (Vase por el foro, riéndose)

ESCENA XI

Dichos, menos DOÑA CONSUELITO.

QUINT. ¡Pero qué enamorado es usted!

CARM. ¡Somos!

QUINT. Eso es... somos.

CARM. ¡Ay, si usted supiera! Todas las noches, sin faltar una, me tiene usted en alguno de esos salones donde se cultiva el género ínfimo.

QUINT. ¿Qué género es ése?

CARM. Un género que cautiva. ¡Hay unas mujeres!

QUINT. ¿Buenas?

CARM. ¡De buten! ¡Y cantan unos cuplets!...

QUINT. Sí, ¿eh? (Frotándose las manos.)

CARM. Pues ¿y los bailes? ¿No ha visto usted bailar á la bella Bebé, ni á la hermosa Finfán, ni á la estrella Mimí? Pues no ha visto usted cosa buena. Bailan sevillanas, boleros, tangos... ¡pero qué tangos! (Trata de bailar un tango, moviendo mucho y muy cómicamente los brazos y las piernas.) Hacen así... Y luego así... Y luego dan una vuelta, haciendo así... (Da una vuelta tratando de imitar el baile, y se cae.)

QUINT. ¡Ja, ja, ja! ¡Gracioso! ¡Graciosísimo!

CARM. Lo que más llama la atención es el *Pachá Bumbún*.

QUINT. ¿Qué pachá es ése?

CARM. Otro baile. Pero... ¡qué baile! Todo el mérito está aquí. (Dándose una palmotada en el vientre.)

QUINT. ¿En la digestión?

CARM. No, señor; en la dislocación; porque aquello es el disloque. Es una cosa así. (Imita el baile que se llama *Pachá Bumbún.)*

QUINT. ¡Ja, ja, ja!

CARM. ¿Pero usted no ha ido nunca á ese espectáculo?

QUINT. Sí, señor; en cuanto tengo dos reales de sobra, que son muy pocas veces, ya me tiene usted en un music-hall. La última vez que estuve oí cantar á una *divette* un *couplet*... ¡Qué *couplet* y qué *divette!*...

Música.

Con un vistoso y alegre traje
que sólo tiene sedas y encajes,
corto de abajo, corto de arriba,
sale á la escena la casta diva.
Da por las tablas sólo un paseo,
y encanta á todos su contoneo;
y al lucir todas sus perfecciones,
levanta... aplausos y... aclamaciones.
Todos aplauden con frenesí,
y la *divette* comienza así:

—

Aunque no tiene malicia,
ni intención ni mala fe,
del elefante y la hormiga
voy á cantar el *couplet*.
En una selva que está lejana,
una mañana, tomando el sol,
de una hormiguita muy chiquitita
un elefante se enamoró;
y aunque al oirle contar sus penas
la dulce hormiga se enterneció,
al ver la trompa del elefante,
la pobrecita se desmayó.

—

Él, con sus frases y su paciencia,
á la hormiguita tranquilizó...
y el fin del cuento les dejo á ustedes,
á ver si saben lo que pasó.

Hablado.

UINT. ¡Ja, ja, ja!
ARM. Bueno; mientras acaba usted de reirse, yo voy á cobrar. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII

QUINTANILLA; luego DOÑA BELÉN.

QUINT. ¡Ja, ja, ja! Este don Carmelo es el mismísimo demonio! Primero así. . luego así... y por último, una vuelta así. (Tratando de imitar el tango que bailó D. Carmelo. Sale D.ª Belén á tiempo de ver la danza que se trae Quintanilla y se para á mirarle.)

BELÉN. Pero ¿qué hase usté, Quintanilla?

QUINT. (¡Huy! La coronela viuda.) Pues ya lo ve usted... nada... Estoy sacudiendo un mosquito. (¡Vaya una plancha! ¡Me ha visto!)

BELÉN. Yo creí que le había á usté tocado la lotería y que lo estaba usté selebrando bailándose una miajita.

QUINT. No, señora. Para bailar está el tiempo.

BELÉN. ¿Y don Bruno?

QUINT. Está en Clases pasivas.

BELÉN. Pero ¿tardará?

(Óyese una bocina.)

QUINT. (¡Regúlez!) (Va corriendo al balcón, quedándose D.ª Belén sorprendida al ver la huída repentina de Quintanilla.)

BELÉN. ¡Ave María Purísima! ¡Este hombre está loco!

QUINT. (Alto y como insultando hacia la calle.) ¡Maldita sea tu estampa! Es un simón indecente. ¡Llevar bocina un simón! (Hacia la calle, alto.) ¡Presumido!

BELÉN. (Á Quintanilla, que vuelve del balcón.) ¿Qué le ha pasado á usté?

QUINT. Nada.

BELÉN. ¿Tardará mucho en volver don Bruno?

QUINT. No lo sé. (Se va junto á la mesa, y durante el diálogo siguiente se ocupa en arreglar los papeles que hay en dicho mueble.)

BELÉN. Bueno. Yo tengo que hablar con usté reservadamente.

QUINT. Hable usted. (¿Qué será?)

BELÉN. Vengo á pedir más dinero.

QUINT. Cobró usted ayer.

BELÉN. Pero como el cajero es tan amable, vengo á ver si me adelanta la mensualidad.

QUINT. Yo no sé si estará dispuesto á adelantarle á usted más dinero... En fin, pase usted á decírselo.

BELÉN. ¡Ah! Nesesito mi sédula. Hase dos meses la dejé aquí olvidada y...

QUINT. Sí; en la carpeta la he visto. (La busca en la carpeta que hay sobre la mesa.)

BELÉN. ¡Josú! ¡Cómo se le cae á usté el pelo!

QUINT. ¿Eh? (Echándose rápidamente las manos á los bolsillos del faldón.)

BELÉN. Se le pueden contar los poquitos que le quedan.

QUINT. ¡Ah, sí! (Qué susto me ha dado! Creí que se me veía la trenza.) La verdad es que no puede usted negar que es de la tierra de María Santísima.

BELÉN. ¿Es usté adivino? (En son de burla.)

QUINT. Soy manchego. ¿Por qué lo decía usted?

BELÉN. Porque casi casi lo ha asertado usté. Yo me he criado en Cadi; pero mi cuna fué el *Sid*.

QUINT. ¿El Cid Campeador?

BELÉN. ¿Quiere usté callar? El *Sid* es un trasatlántico en el que me dió á luz mi mamá regresando de Cuba.

QUINT. ¿De modo y manera que ha nacido usted en el mar, como el coral y las perlas?

BELÉN. ¡Qué fino y qué grasioso!

QUINT. ¿Y estuvo usted mucho tiempo casada?

BELÉN. Ocho años. Me casé á los veintidós, y llevo tres de viuda.

QUINT. (Tiene... treinta y tres.)

BELÉN. Ya usté ve, el mes que viene cumplo los veintiocho.

QUINT. (¡Qué bien resta!)

BELÉN. No me quito un día.

QUINT. (Un día no; cinco años.) ¿Y niños tiene usted?

BELÉN. Sí, hombre. ¿No lo sabe usté? Tengo un sietemesino de seis años que da gloria verle. El pobresito nasió á consecuensia de un ataque.

QUINT. ¿De un ataque?

BELÉN. De nervios... Un susto espantoso que me dió Cabrera.

QUINT. ¿El célebre cabecilla carlista?

BELÉN. ¿Quiere usté callar? ¿O es que se ha creído usté que yo soy contemporánea de la cuesta de la Vega? Cabrera fué un asistente muy liberal que tuvo mi esposo y que se llamaba así.

QUINT. ¿Y el susto qué fué?

BELÉN. Que una noche que las tropas estaban acuarteladas por yo no sé qué jaleo, entra Cabrera en mi gabinete y me dise: «Hay un gran fuego .» No oí más. Yo creí que se había entablado la lucha entre el pueblo y la tropa y que mi marido se hallaba en el jollín y... «¡Ay, que me pongo mala! ¡Ay, que me pongo mala!», me da un patatús y ¡arsa! Felipín que viene al mundo.

QUINT. ¿Felipín es el gomoso?

BELÉN. ¿Cómo el gomoso?

QUINT. Quiero decir el sietemesino.

BELÉN. Sí, señor.

QUINT. ¿Y el fuego?

BELÉN. Era en un pajar de los Cuatro Caminos. Nosotros vivíamos en el Pasífico; conque eche usté...

QUINT. Sí, eche usted manga para llevar el agua de un extremo á otro de Madrid. ¡Qué atrocidad! ¿Y Cabrera?

BELÉN. Pues Cabrera...

(Óyese la bocina.)

QUINT. Ahí está. (Vase corriendo al balcón.)

BELÉN. ¿Qué dise este hombre? ¡Josú! No gana una para sustos. Yo creo que este pobre hombre ha perdido la rasón.

QUINT. (En el balcón.) Ahora es un automóvil. (Sale del balcón.)

BELÉN. Pero ¿qué le pasa á usté, Quintanilla?

QUINT. Nada

BELÉN. Hijo, con tanto ir y venir parese usté un perro buscando al amo.

QUINT. Bueno. Tome usted su cédula.

BELÉN. Grasias.

QUINT. ¡Ah! Diga usted: las que nacen en el mar como usted, ¿de qué país son?

BELÉN. Según. Yo nasí á la vera de Puerto Rico; por consiguiente, soy...

QUINT. Porto... riquísima. (Suspirando.) ¡Ay! Si todas las mujeres de allí son como usted...

BELÉN. Pues, sí, señor, lo son. Y en cuanto al país... aquello es un paraíso. ¿Quiere usted saber lo que es mi tierra?

QUINT. Sí, señora.

BELÉN. Pues escuche usté.

Música.

BELÉN.
Es la isla de Puerto Rico
la patria de mis amores;
allí tienen más encantos
los pájaros y las flores;
allí la vida es más dulce,
y es su cielo encantador,
y allí se rinden las almas
al imperio del amor.
Olas y playas de Puerto Rico,
por tu recuerdo triste suspiro;
yo tus jardines quiero pisar;
por ti es tan sólo mi suspirar.
¡Ay, qué hermosa es la isla!
¡Ay, qué hermosa es la mar!
¡Ay, la mar!

QUINT.
¡Ay, ay, ay, la mar!

BELÉN.
Y entre los muchos bellos jardines
que hacen su suelo casi ideal,
es entre todos el más hermoso,
por sus aromas, el cafetal.
Plácidas brisas de isla tan bella,
¡quién os pudiera siempre aspirar!
En vuestras ondas lleváis los ricos,
dulces aromas del cafetal.
Allí las niñas portorriqueñas
el rico fruto saben cuidar,
y cariñosas y melositas,
una tacita suelen brindar.
Beba, beba, que está calentito;
tome, tome siquiera un sorbito,

aceptelo su mersé;
yo lo he tostao
y asucarao;
mire qué aroma...
¡Vaya café!

QUINT. Venga, venga, qué está calentito;
dame, dame siquiera un poquito,
que yo me lo tomaré;
que está tostao
y azucarao;
vaya un aroma...
¡Venga café!

BELÉN. Pensando en mi tierra
me pongo á soñar:
¡Qué bella es la isla!
¡Qué hermosa es la mar!
¡Ay, la mar!

QUINT. ¡Ay, ay, ay, la mar,
que sin embarcarme
voy á naufragar!

Hablado.

QUINT. ¡Dios mío de mi alma! ¿Por qué no la habré conocido á usté cuando yo era joven?

BELÉN. Vaya, Quintanilla, voy á desí al cajero lo de la mensualidad.

QUINT. Si yo fuese el cajero, le daba á usted todo... el año.

BELÉN. Grasias. (¡Pobre viejo!) (Vase por la derecha. Al mismo tiempo sale D. Carmelo y mira fijamente á D.ª Belén.)

ESCENA XIII

QUINTANILLA y DON CARMELO.

CARM. (Después que ha hecho mutis D.ª Belén.) ¡Camará! ¡Vaya una mujer! ¿Quién es?

QUINT. Una coronela viuda que desea casarse y que admite varas

CARM. ¿Sí? Ni una palabra más; voy á esperarla en el portal.

QUINT. Tardará mucho en bajar.
CARM. ¿Está usted seguro?
QUINT. Viene por una paga adelantada, y primero que convence al cajero...
CARM. Dígale usted que yo le adelantaré lo que quiera.
QUINT. Eso se lo dice usted cuando baje ella, que será dentro de una hora.
CARM. Entonces voy á llegarme á Clases pasivas, y vuelvo. Entreténgala usted si sale.
QUINT. La entretendré. Eso no me importa.
CARM. Corriente. Hasta luego, Quintanilla. (Vase por el foro.)
QUINT. (Aludiendo á D. Carmelo.) ¡Vaya un viejo! Es más enamorado que yo. Por supuesto, una mujer como doña Belén á cualquiera le saca de quicio.

ESCENA XIV

QUINTANILLA y DON ANÍBAL.

ANÍBAL. (Por el foro.) ¿Se puede?
QUINT. Adelante.
ANÍBAL. (No me ha oído.) (Más fuerte.) ¿Se puede?
QUINT. (Fuerte.) Que adelante.
ANÍBAL. (Nada.) Pregunto que si se puede.
QUINT. (¡Dale!) (Gritando.) ¡Que sí, señor!
ANÍBAL. ¡Ah! Creí que era usted sordo.
QUINT. ¡Yo qué he de ser!...
ANÍBAL. ¿Cómo?
QUINT. (Muy fuerte.) Que no lo soy.
ANÍBAL. Pues yo sí
QUINT. (Por ahí debías haber empezado.) ¿Qué desea usted?
ANÍBAL. ¿Cómo?
QUINT. (Más fuerte.) ¿Qué se le ofrece?
ANÍBAL. ¿Don Bruno Gómez?
QUINT. Sí, señor; aquí es.
ANÍBAL. Que si se puede ver á don Bruno.
QUINT. (Me voy á desgañitar.) (Muy fuerte.) No está en casa, pero es lo mismo; diga usted.
ANÍBAL. Bien. Yo me llamo don Aníbal Ruiz, y soy natural de Colmenar de Oreja.

QUINT. No lo parece.

ANÍBAL. Y como jubilado que soy, vengo á ver si el señor Gómez quiere encargarse de cobrar mis haberes. Me he disgustado con mi habilitado y...

QUINT. Con mucho gusto.

ANÍBAL. Ya le he dicho que soy un poquito sordo.

QUINT. (Querrás decir una tapia.) (Fuerte.) Que sí, señor.

ANÍBAL. Bueno.

(Quintanilla se sienta á la mesa y hace señas á don Aníbal para que se acerque. Éste no ve las señas, y entonces Quintanilla se levanta, se va á él, le coge de la mano y le hace sentarse junto á la mesa.)

QUINT. ¿Dónde prestó usted servicios?

ANÍBAL. ¿Que si tengo vicios? (¿Qué le importará?)

QUINT. (Este hombre es un tarugo.) Que dónde ha servido usted.

ANÍBAL. Ultimamente en la Audiencia de la Habana.

QUINT. (Tomando nota de las contestaciones de D. Aníbal.) ¿Era usted magistrado?

ANÍBAL. Era oidor.

QUINT. (¡Atiza!) Nadie lo diría (Fuerte y al oído.)

ANÍBAL. ¿Qué?

QUINT. Nada (Es un sordo que atonta.)

ANÍBAL. Durante el tiempo que desempeñé este cargo tuve que intervenir en las causas más ruidosas.

QUINT. (Fuerte.) Pues ni por esas las oirías... (Ya no sé lo que me hago. Yo no le hablo más Que le hable su abuela.) (Muy fuerte.) ¿Quiere usted esperar á don Bruno?

ANÍBAL. Sí, señor.

QUINT. Pase usted. (Abriendo la primera puerta de la izquierda.)

ANÍBAL. ¿Qué?

QUINT. Que pase usted. (Empujándole.)

ANÍBAL. Gracias (Mutis por la primera de la izquierda. Al mismo tiempo óyese la bocina.)

ESCENA XV

QUINTANILLA.

Ahí está Regúlez. (Vase precipitadamente al balcón.) No veo ningún ciclista. ¿Habrá pasado de largo? Esperaré por si vuelve á pasar.

ESCENA XVI

QUINTANILLA en el balcón y PAQUITO.

PAQ. (Por el foro. Pausa.) ¡Qué solitario está esto! (Mira la hora en su reloj.) ¡Las once y media! He tardado desde Leganés veintinueve minutos, y eso que sólo me he caído cuatro veces. Y á todo esto no sé á lo que vengo. Don Inocencio me dió esta carta, yo monté en la bicicleta, salí disparado y no oí lo que me decía. La carta lo dirá. Me enteraré. (Saca la carta del sobre y lee.) «Señor D. Bruno Gómez. Muy señor mío: El portador de la presente es hijo del alcalde de Leganés, y ruego á usted le dé las instrucciones y la carta que me tiene ofrecida para el director de Clases pasivas. Suyo afectísimo, *Inocencio* » De manera que es una carta é instrucciones lo que me tienen que dar. Bueno.

QUINT. (Nada, no le veo.) (Sale del balcón.) (Ya tocará la bocina si vuelve á pasar.)

PAQ. (Á Quintanilla.) Servidor de usted.

QUINT. (¡Cómo! ¡Un ciclista!) ¿Es usted el que ha tocado la bocina hace un momento?

PAQ. Sí, señor.

QUINT. (¡El! ¡Regúlez!) ¿Dónde ha dejado usted la bicicleta?

PAQ. En el portal.

QUINT. Le esperaba á usted con impaciencia.

PAQ. ¿Quién?

QUINT. Yo.

PAQ. ¿Es usted don Bruno?

QUINT. No, yo no soy el padre.

PAQ. ¿Entonces... es usted el hijo? (Muy viejo debe ser don Bruno.)

QUINT. Sólo tiene una hija, Clotildita, ¡so tunarra! Sé á lo que viene usted.

PAQ. ¿Entonces tendrá usted instrucciones?

QUINT. Terminantes, sí, señor; muy terminantes. Tengo aquí una carta para usted.

PAQ. Sí, ya sé. (La del director de Clases pasivas.)

QUINT. Y tengo otra cosa. (Sacando la trenza.) Mire usted. (Enseñándole la trenza y dándole con ella cariñosamente en el hombro.) Lo que me extraña es que se haya usted atrevido á subir.

BÁRB. (Dentro.) ¡Quintanilla!

QUINT. (¡Huy! ¡Doña Bárbara!) Tome usted la carta, mi nota y el ricito. (Le da todo lo que dice.)

PAQ. (Cogiéndolo.) Pero...

QUINT. Calle usted.

PAQ. Es que...

QUINT. Vamos, hombre, calle usted y espere. (Vase por el foro.)

ESCENA XVII

PAQUITO y DON ANÍBAL.

PAQ. (¿Qué lío será éste? ¿Por quién me ha tomado á mí este hombre?) (Viendo á D. Aníbal, qne sale por la izquierda.) (¡Ah! Este debe ser don Bruno.)

(Se saludan ambos haciéndose una reverencia.)

ANÍBAL. (Este don Bruno tarda en venir, y yo no puedo esperar.)

PAQ. ¿Es don Bruno á quien tengo el honor de dirigirme?

ANÍBAL. ¿Cómo?

PAQ. Que si es don Bruno.

ANÍBAL. Nada, no le oigo á usted una palabra.

PAQ. Pues tome usted esta carta; en ella viene explicado el asunto que me trae. (Le da la carta.)

ANÍBAL. (Leyéndola.) «Señor don Bruno Gómez. Muy señor mío...» ¿Es que quiere usted que se la lea?

PAQ. No, señor.

ANÍBAL. ¿Cómo?

PAQ. (Muy fuerte.) Que no. ¿No es usted don Bruno?

ANÍBAL. No le oigo.

PAQ. (Pues que te hable el nuncio.)

ANÍBAL. ¿Qué?

PAQ. (Que me alegro de verte bueno!)

ANÍBAL. Nada, no le oigo á usted ni jota.

PAQ. (Por supuesto, esta pared maestra no debe ser don Bruno, porque si fuera él no estaría con el sombrero y el bastón en las manos. Debe ser otro que espera.)

ESCENA XVIII

Dichos y QUINTANILLA.

QUINT. (Por el foro.) Acabo de saber que don Bruno vendrá muy tarde. Vuelva usted luego ó mañana.

ANÍBAL. ¿Cómo?

QUINT. (Con este hombre es imposible entenderse; hay que hablarle á tiros.) (Á Paquito.) Joven, váyase usted si no quiere perderse y perderme

PAQ. No, yo no me voy de aquí sin ver al dueño de la casa.

QUINT. Mire usted que lo hago por su bien. Vamos, venga usted. (Le coge cariñosamente y tira de él hacia el foro.)

PAQ. ¿Pero á dónde vamos?

QUINT. A la calle.

PAQ. He dicho que no.

QUINT. Sí, hombre, sí; salga usted. (Tirando de él. Paquito tira en sentido contrario.)

ANÍBAL. Pero yo ¿qué hago?
QUINT. (Fuerte.) Volver mañana.
ANÍBAL. ¿Qué?
QUINT. (Más fuerte.) Mañana. (Sin dejar de tirar de Paquito.)

ESCENA XIX

Dichos, DOÑA BÁRBARA y CLOTILDE por el foro.

BÁRB. ¿Qué voces son ésas?
QUINT. (¡Tabló!)
CLOT. ¿Qué pasa?
QUINT. Ese señor, que no oye.
BÁRB. ¿Y este joven?
PAQ. Yo deseo ver á don Bruno.
BÁRB. Soy su señora.
QUINT. (Me caí.)
BÁRB. ¿Qué desea usted?
PAQ. Entregarle esta carta. (Le da una carta de las que tiene en la mano.)
BÁRB. (Coge la carta y lee.) «Rodriguito de mi alma.» ¿Qué significa esto? ¡Ah! Ya sé quién es usted: el joven que pasa pitando con la bicicleta.
QUINT. ¿Cómo? ¿Este joven es el rey del... valor?
BÁRB. Este joven es el ca... mueso que pretende casarse con mi hija.
PAQ. ¿Qué?
CLOT. ¿Cómo?
BÁRB. ¿Quién le ha dado á usted esta carta? (Le da la carta.)
PAQ. (Después de leerla para sí.) Esta carta me la ha dado este señor.
QUINT. (Rezando.) (Padre nuestro, que estás en los cielos...)
CLOT. Te advierto, mamá, que yo no conozco á este joven.
PAQ. Ni yo á esta señorita.
BÁRB. No les sirven á ustedes disimulos. (Arrebatándole á Paquito la trenza.) ¿Qué mayor prueba? ¿Quién le ha dado á usted esta trenza?
PAQ. También este señor.

QUINT. (Dios te salve, María...)

BÁRB. (Á Quintanilla.) ¿Luego usted protegía estos amores?

QUINT. (Creo en Dios padre...)

PAQ. ¿Qué amores? Yo vengo de Leganés á lo que dice esta otra carta. (Dándosela.)

BÁRB. (Coge la carta y lee.) «Muy señor mío: El portador de la presente...» (Sigue leyendo bajo.) ¿Luego no es usted Rodriguito?

PAQ. No, señora.

QUINT. ¿De modo que no es usted Regúlez, el sobrino del ministro?

PAQ. No, señor.

BÁRB. ¿Pero qué dice usted?

QUINT. Sí, señora; ha de saber usted que el pretendiente de Clotilde es sobrino del gran Regúlez.

(Óyese la bocina.)

CLOT. Esa es la bocina de Regúlez. Ahí está.

BÁRB. Pero, hija, ¿por qué no me lo has dicho? ¡Un sobrino del ministro de la Gobernación! Llámale, díle que suba.

QUINT. No, ya no es ministro de la Gobernación.

BÁRB. ¿Qué? Niña, ven aquí; no le llames.

QUINT. Ha habido crisis y Regúlez ha pasado á Hacienda.

BÁRB. ¿Ministro de Hacienda? (Con admiración.) Pero, mujer, ¿qué haces?... Llámale á escape.

PAQ. ¡Gracias á Dios que nos hemos entendido!

QUINT. Usted ha tenido la culpa de mi equivocación. ¿Por qué me tomó usted la carta? ¿Por qué me tomó usted... el pelo?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DOÑA CONSUELO, luego DOÑA BELÉN y en seguida DON CARMELO.

CONS. (Por el foro.) ¿Vino don Bruno?

QUINT. No, señora.

BÁRB. Pero no tardará.

BELÉN. (Saliendo por la derecha.) (Al fin convencí al cajero)

CARM. (Por el foro.) Señores, traigo un notición.

QUINT. ¿Bueno?

CARM. Excelente para todos los pasivos.

BELÉN. ¿Qué es?

CARM. Acabo de encontrarme á un diputado de la mayoría que es amigo intimo del ministro de Hacienda...

QUINT. (Atajándole) ¿De Regúlez?

CARM. Sí; y me ha dicho que el nuevo ministro está dispuesto á presentar un proyecto de ley pidiendo la supresión del descuento á las clases pasivas. ¡Viva Regúlez!

CONS.
QUINT.
BELÉN. } ¡Viva!

CLOT. Ya sube.

CARM. ¿Quién?

CLOT. Mi novio.

QUINT. (Con mucha solemnidad.) ¡Un sobrino del incomparable é insuperable Regúlez!

BÁRB. El nuevo ministro de Hacienda, tío futuro de Clotildita, casi pariente nuestro.

CARM. Recibámosle con todos los honores.

QUINT. Tocando la marcha real.

CONS. ¡Magnífica idea!

(Se forman en dos filas junto á la puerta del foro.)

QUINT. Esperad.

ANÍBAL. Pero ¿qué pasa aquí?

QUINT. Nada.

ANÍBAL. ¿Qué?

QUINT. Que nada. (Al público.)

Antes de esta recepción
con música y con honores,
pidamos á estos señores
que nos den su aprobación.

TELÓN

OBRAS DE CELSO LUCIO

Á vista de pájaro.
El gorro frigio.
Boulanger.
Un vaso de agua.
Calderón.
Pan de flor.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Claveles dobles.
Los secuestradores.
Los aparecidos.
El Gran Capitán.
Vía libre.
El brazo derecho
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
Pepito (parodia de *Juan José*).
El príncipe heredero.
Las malas lenguas.
La marcha de Cádiz.
Los bandidos.
El juicio del año.
Los conejos.
El pobre diablo.
Los camarones.
La guardia amarilla.
¿Cytrato?... ¡De ver será!
El último chulo.
¡Á cuarto y á dos!...
El escalo.
María de los Ángeles.
Una estrella.
Juan y Manuela.
Los cuatro palos.
Fresa de Aranjüez.
Los pensionistas.
El kilométrico.
El nuevo Ministerio.
Congreso feminista.
Premio de honor.
La Puerta del Sol.
Alrededor del mundo.
La bocina de Regúlez.

OBRAS DE MARIANO MUZAS

El mordisco, juguete cómico en un acto, en prosa.
Doble suicidio, juguete cómico-lírico en un acto, en prosa (1).
El hijo del casero, juguete cómico en un acto, en prosa.
Perfiles matemáticos, extravagancia cómico-lírica en un acto, en prosa y verso (1).
Los caramelos, juguete cómico en un acto, en prosa.
Se afeita, corta y riza el pelo, juguete cómico en un acto, en verso.
Fresa de Aranjuez, juguete cómico en un acto, en prosa (1).
Los pensionistas, juguete cómico en un acto, en prosa (1).
El nuevo Ministerio, juguete cómico en un acto, en prosa (1).
El kilométrico, juguete cómico en un acto, en prosa (1).
La bocina de Regúlez, juguete cómico-lírico en un acto, en prosa (1).

---

(1) En colaboración.

Los ejemplares de esta obra se ha
de venta únicamente en el Despacho C
tral, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta.